

LA CALLE

POR

JORGE C. TRULOCK

—Tú es que vacilas mucho de costao...

Entonces el hombre que estaba apoyado junto al portal miró hacia arriba. En un balcón del tercero de la casa de enfrente estaba asomada la mujer con bata y con un jersey recogido entre los brazos cruzados, apoyados en el barandal de hierro. Encima del tejadillo del mercado, todo nervio, un gato observa los movimientos contraídos de otro gato. Dos amagos, un zarpazo al aire y la paz: cada uno por su lado. El sol caliente y la chapa de cinc está templada; al mediodía no hay quien lo aguante. Entonces hay que buscar la sombra donde poderse estirar. Abajo, en las pequeñas tiendas, las aceitunas, los pepinillos en vinagre, las cebollitas francesas en aliño, los pescados, la merluza, el gallo, los percebes, los besugos, con hielo y la sal del mejor conservado.

—Avi te meo...

Desde lo alto, la calle se estrecha. Abajo, por donde cabe el coche, el carro, el camión, se estrecha desde arriba. Un chaval corre detrás de otro intentándole mojar con el meo. Por fin se para; la lucha es desigual. Uno sólo tiene que correr huyendo, el otro tiene que correr y mojar. En el tercero, la mujer pasea la vista de izquierda a derecha, de abajo arriba, buscando el detalle, el brillo del cristal, la colilla por la ventana, la vecina con el capacho de la compra, el hombre que espera. Por la izquierda de la mujer, pueden entrar los coches, las motos; por la derecha, es dirección prohibida. Cuando muere algún vecino, la camioneta tiene que entrar también por el lado del mercado; si el número de la casa es muy bajo, se puede poner de culo y acercarse reculando.

—Amos quita, pildorita...

El gato negro, resabiado, gruñón, espantado, husmea, morrea por entre las latas, los cajones que sujetan a la altura de la mano las latas con las verduritas al aliño. Escurridizo, lento, larguea su cuerpo hasta llegar al pequeño trozo de comida caída, hasta descubrir que el olor viene de nada bueno. Junto al cuerpo negro, al lado del manchón del rabo recogido, las patas traseras y el costillar, se ha posado el pie de un parroquiano asiduo, entendido en los finos sabores de los variantes —el cogollo de coliflor, el cachito de zanahoria, el verde pepinillo—, cuidadoso con los pies por ver donde se pisa, escogido con las manos para

no estropear la mercancía. El gato, la cercanía se lo ha dado, gusta de las verduras —nunca pan duro para buen hambre— y remolea por los alrededores, al tanto de cualquier rebelde aceituna que cae al suelo.

—Yo, Antón y Gerete, a duro cada, tres duros.

Es tarde de fiesta para los tres. Seis pies, seis manos, tres cabezas, tres pares de zapatos. Las manos para adelante, para atrás, los dedos en posturas increíbles, los saltos, las voces, los cálculos, los tres duros. En el alto tejado de una casa lejana un gato mira tumbado, duerme tumbado, se limpia tumbado. En lo alto, el gato está tumbado. Tres duros de cacahuets, tres duros de torraos, tres duros de cerveza, o tres duros de bolas de anís, o tres duros de pasas, o tres duros de cualquier cosa. Tres billetes de duro, quince monedas de peseta, treinta monedas de cincuenta, ciento cincuenta monedas de diez, trescientas monedas de cinco; un porrón de dinero para una tarde de fiesta y cualquier cosa. Por el canalillo de junto a la acera corre el agua del riego, ligera y sucia como río de crecida. Un palito, un barco; las piernas, un puente; las manos juntas, un dique; la vida; un milagro.

—¡Que la vida está muy achuchá...!

Debajo de donde está la mujer, pero en la casa de al lado, enfrente de la acera donde está el hombre, pero mucho más allá, en un escaparate, en el de la droguería, hay un cartel: “Se regala gato o gatitos a familia caritativa. Razón, aquí.” Un cartel de la mejor letra redondilla y timbre de veinticinco pegado. La mujer mira abajo. El hombre para la derecha. Un camión de gaseosas entra con su ruido en la calle. Junto a un charquito —un poco de agua en un adoquín desnivelado, embarrizado y casi grasiento, donde la rueda del coche se escurre ligerísimamente y hace saltar dos breves y punzantes salivazos de lodo—, quedaron, ahí, la mujer y el perrito, y la otra mujer. La que viene con el perro y la que va. Los cestos o los capachos; las cestas o los capazos; las grandes hojas de la coliflor o las pequeñas de la lechuga, la botella con el aceite, o con el vinagre, o con el vino, o con la leche, o con el agua mineral o vacía con el tapón tapando.

—Qué te endiño, cariño, estropajo aluminio...

Enfrente del hombre —del hombre que está apoyado junto a la puerta, que espera, que mira, que descansa, que mirará para la mujer, para el gato, para los encurtidos de la abacería—, debajo de la mujer, hay un tienda de cacharros: la sogá y el pegamín; el rústico juguete y la butaca de paja; el cubo de lavar y el tonel para hacer helado. La puerta y dos pequeñas vitrinas, una a cada lado: los quitamanchas, las cajas de betún, el barquito de hojalata —ruedas a los lados y aviones giratorios presos a la chimenea por un alambrito. Por delante pasa el ciego: tres golpes al suelo con el hastón y uno a la pared; tres golpes al suelo

con el bastón y uno a la pared; tres golpes... En el suelo, el sol, el mojado del riego y la grasa del motor, un arcoiris deformado y sinuoso. Delante, la cacharrería; detrás, la pared, la que sujeta la espalda del hombre; a la izquierda, a la derecha, en el suelo, la calle. En el aire, el aire, la palabra, el grito, la voz, el susurro, el regaño, el insulto, el ruido, la música.

—¡Alá qué purili, qué boína...!

La mujer anda con el paquetón; el niño, muy niño todavía, con las piernas al aire, coloradas de sol, de frío, de aire, de correr, con una pala de tierra de color rojo y marisco en la mano. La mujer cargada, el niño sin carga. El niño, la alegría en la cara. La mujer, los años; la cara joven con las dos arrugas de los años: nada de vida por delante y todo atrás. Un gato corre detrás de otro. El hombre mira; la cara no dice nada. La mujer del tercero mira fija, con la mirada quieta, sólo el leve movimiento de su cabeza para seguir a la mujer del niño. El pensamiento desbocado. Después, más ligera, continúa la ida de la cara, y los ojos se quedan mirando a lo alto. El niño corre, cojea, un pie en la calzada, otro en la acera. La pala en lo alto sujetando al niño de la caída. Niño, ven aquí; niño, sal de ahí; niño, no... El niño ve al hombre. El hombre está quieto, le mira. La mujer del balcón está quieta, le mira. Los gatos han desaparecido. El agua del riego ha corrido ya toda. Un muchacho, con la bicicleta y la cesta del pescado sujeta, a la rueda de atrás, sube la calle, la anda por dirección prohibida, si no tiene que dar una vuelta tan grante, con el silbo en la boca al compás del lento pedaleo.

—Como dice aquí, el Grabiél...

El trapero, con el saco al hombro y a la espalda, con poco bulto todavía, vocea, pasa por delante del hombre, primero; por debajo de la mujer, después. Nadie le llama. El hombre, la mujer le miran; uno ve el traje viejo; otra, la calva brillante. El trapero quiere zapatos, botellas, libros, papel, papelote, oficina, periódicos. En el segundo, en el cuarto, en el veintiséis, en el treinta y uno, en el veintisiete hay para vender o para regalar. Para el trapero del saco, para vender; para el trapero del carro, para regalar. A la pescadería llegan las cajas con el pescado en hielo. La merluza ha llegado. La cabeza de merluza para guisarla con patatas. Los lenguados, el delicado y fino lenguado, para freirlo y tomarlo con limón. Los percebes —mineral, animal, vegetal—, blancos, negros, verdes. El trapero, sin apenas bulto, todavía pasa, termina de pasar la calle y se pierde en la esquina. El canelo, el perro callejero, husmea escorado, con el cuerpo maltrecho a punta de golpes, el rincón caliente y húmedo. La mujer, la del balcón, y el hombre, el del portal, cambian de postura.

—Ese es un desgraciado; ese..., no se va a condenar ni na.

En la taberna, la vieja taberna y la nueva taberna a la vez, el mostrador antiguo, el fluorescente de hoy, la pintura del marco de la fachada de la primavera anterior, el mismo marco antiguo como el negocio. Boquerones fritos, tres cincuenta; callos a la madrileña, cinco; pulpo a la gallega, seis; boquerones en vinagre, dos; aceitunas verdes, una cincuenta; aceitunas negras, una; croquetas de huevo o jamón, una cincuenta unidad. Así la lista cambiante, de día en día; continua, todos los días; inmensa de tanta mercancía que hay. El pescado en la pescadería a un precio; en el local, frito ya, el doble. Los variantes de dos huecos más arriba a un precio, a dos, un suponer; en el local, la taberna de dos huecos más abajo, a cuatro. Así todo. Es tasca amplia, bien per trecha de cerillero, limpia los sábados a la tarde y domingos a la mañana y borrachos, tres, dos, uno, las más de las tardes noches. Dentro, junto al mostrador, los bebedores, los asiduos y los no, los parroquianos y los no; por la calle, por el medio de la calzada, lo más lejano de una y otra acera; una, la taberna y los hombres, la pescadería y los gritos, la cacharrería y el dueño gruñón; otra, la otra taberna, menos tapas y más vino, el portal de la escuela y el grupo de muchachos; por lo más lejano de una y otra acera, bajan la calle la madre y la hija.

—Tú, tú, tú..., tuberías y cañerías.

El hombre se movió, medio rozándose con la pared; en el hueco de la puerta del portal verde de la casa se metió. Por la acera, ocupando la pequeña acera, baja una pareja de viejos, viejo y vieja, con paso lento, vacilante, arrollador. El hombre tiene la cabeza caída sobre los hombros, la espalda algo jorobada; la mujer va más derecha y medio conduce al hombre. Todo a su alrededor está vacío, de personas, de obstáculos, de todo. Están solos y todo se le va abriendo. Para poco valen y nada se les opone. Mueve el viejo la cabeza y las dos carrillos, lacios mechones de carne, se le tambalean. Discuten y la voz se les va de la boca, se les cae de la garganta, débil, chillona, monótona. El hombre, el que estaba apoyado en la pared de la casa, junto a la puerta verde del portal verde, y que se metió en el portal, en el hueco de la puerta verde de..., volvió a salir a su puesto, a la pared donde apoyaba... Delante, desvencijadas, de izquierda a derecha, de lado a lado, de estribor a babor, los viejos continúan su paseo, su discusión, su andanza.

—Anda, Anacleto, que tú siempre estás en orsai.

Las casas de la calle desde lejos son todas iguales, desde cerca, varían. Las hay más altas y las hay más bajas. Las hay mejores y las hay peores. Las hay bonitas, las hay regulares y las hay feas. Las hay con balcones y las hay con ventanas. Las hay de dos, de tres, de cuatro y hasta de cinco pisos. Desde el quinto piso de una de las casas de cinco

pisos, las personas se ven mucho más pequeñas que desde un segundo, el segundo de la misma casa, o el segundo de otra, o el segundo y el último de otra. Los tejados de las casa de la calle, aparte de estar unos más altos que otros, son diferentes: de tejadillo, abohardillados, planos como la palma de la mano; complicados y revueltos como laberintos; sencillos como el llano, abruptos, de mil complicados salientes y chimeneas; limpios, de azotea. Por los tejados de las casas de la calle, de cuando en cuando, se ven, ya tan alto hay que mirar como el pájaro, y se comparan patios regulares, irregulares, casi redondos, alargados, panzudos. Por la calle...

—Me da la gana, me chupas las legañas y lo que sobre pa tu hermana.

Se acerca el mediodía, el calor, y la calle se va quedando sola ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde está la mujer? ¿Dónde está el niño? ¿Dónde está el gato? ¿Dónde está la hija? Un sopor de nubes y calor cae. La abacería, la cervecería, la pescadería, la cacharrería han cerrado. La taberna, las tabernas llenas. En la calzada no queda humedad; la mancha de grasa es un manchón renegrado aislado en los adoquines. La calle al mediodía, la orientación se lo da, no tiene sombras.

—Para más detalles, Miguel del Valle; por el momento, un saco de cemento; para un amiguete, en Tribulete, siete; resto de información, en la Posada del Dragón.

Jorge C. Trulock.
Claudio Coello, 91.
MADRID